

atmósfera, pura y trasparente, derramó por el espacio el perfume religioso de los campos; y los pájaros, desde las verdes y movibles tiendas que les ofrecen los árboles, entonaron himnos de amor al Padre de lo creado.

Mientras tanto los sencillos moradores del Orrio buscaban por todas partes, con creciente afán, al párroco y á su perro; pero ¡ay! todo fué inútil: sólo se encontraron en el bosque la escopeta, el cuchillo de monte y el sombrero; y, cansados de recorrer inútilmente aquellas cercanías, regresaron al pueblo, y arrodillándose al pie del altar pidieron á Dios, con fervoroso labio, que les devolviera su pastor.

Pasó un día, una semana, un mes, un año. El cura no volvió jamás; pero es fama que todas las noches, á las doce, aquellos sencillos vizcaínos oyen aullar un perro á la entrada del bosque, y haciendo la señal de la cruz sobre la frente se dicen en voz baja:

—Es el galgo blanco del señor cura, que se perdió, y que aun persigue en el bosque á la liebre negra.

III

Esopo, Cervantes, Samaniego, y otros muchos escritores eminentes, hicieron hablar á los animales, y... ¡oh poder mágico del genio! los hicieron hablar con más gracia, más filosofía y más entendimiento que hablan la generalidad de los hombres.

Seguir buenos ejemplos es doctrina provechosa en este valle de lágrimas; y como la palabra es el verbo divino para expresar las pasiones, las alegrías y los pesares entre los racionales, yo, que á ellos me dirijo, voy á hacer hablar á una honrada familia de conejos.

El presente artículo es un acto de conciencia que descargo sobre el papel. He hecho dar la *voltereta mortal* á muchos miles de conejos; he presenciado todas las variadas fases que representa la muerte de los mamíferos roedores del género liebre, viéndoles estirar la *pata* de cien diversos modos; y si la trasmigración de las almas es cierta, como afirma Brahmán en la India y Pitágoras en Grecia; si cuando el alma queda libre de los lazos de la materia reposa un poco en el seno de la muerte, yendo á animar después el cuerpo de un hombre ó un animal hasta su perfecta purificación; aseguro á ustedes que si algún día soy conejo, pasaré una vida de sobresaltos y de terrores que no la deseo ni al mayor de mis enemigos: justa recompensa á los

arroyos de la sangre inocente que he derramado durante los treinta años de batallas venatorias que cuenta mi hoja de servicios.

Entremos en materia.

D. Prudencio era un conejo que contaba la respetable ancianidad de cuatro celos ó hierbas. El hombre era para Prudencio el animal más feroz de la creación. Le había dado tantos sustos; le perseguía con un encarnizamiento tan salvaje; había interrumpido tantas veces la dulce paz de sus digestiones; que el pobre pasaba los días en el rincón más profundo de su madriguera, saliendo solamente por las noches, después de tomar toda clase de precauciones, á rumiar alguna hierbecilla de las cercanías de su vivar.

Dos meses tenía Prudencio grabados en su memoria: marzo, todo color de rosa; setiembre, todo negro como el fondo de una tumba; porque en el monte en que le había tocado la *desgracia* de nacer se guardaba rigurosamente la veda.

El día 1.º de marzo era para Prudencio el más hermoso del año. Los meses de abril, mayo, junio, julio y agosto, recorría el monte con la alegría retozona de un cabritillo, visitaba á sus amigos, saludaba á los lagartos, y tenía una sonrisa cariñosa para la indolente zumaya, un ratito de conversación para la gruñona marica y muchos suspiros enamorados para las tres hembras de su especie que, libres del plomo mortífero, le habían tocado en suerte para aumentar su progenie.

¡Qué feliz era entonces! ¡Con cuánta delicia rumiaba la amarilla flor del árnica y el azulado penacho del romero! Un tornillo le servía de flotante y olorosa tienda para tomar la siesta, libre de los ardientes rayos del Sol; un chaparro era su palacio de verano. Los dioses del Olimpo eran unos desgraciados comparados con él; porque D. Prudencio, durante los cinco meses de veda, no tenía que hacer otra cosa que comer, dormir, amar y rascarse de vez en cuando las siete docenas de garrapatas que festoneaban sus orejas.

La tibia luz del alba sorprendía á D. Prudencio retozando con sus dulces compañeras sobre el blando césped que bordeaba su vivar: ¡qué saltos! ¡qué zapateados! ¡qué revolcones sobre la removida tierra, tan poéticamente perezosos! Tendido á la bartola, recibía el primer rayo del Sol; y las hembras, puestas de *bolo* en derredor suyo, le prodigaban toda clase de caricias: D.ª Mónica le rascaba la barriga con toda la coquetería de su entrañable amor; D.ª Dominga daba saltos de carnero, agitando el rabillo; D.ª Lázara le lamía el hocico haciéndole cosquillas con los bigotes; y mientras tanto el dichoso D. Prudencio se estiraba... y se esti-



Narración de un cuento venatorio

raba... tomando posturas académicas que volvían locas de amor á las queridas prendas de su corazón.

De estos retozos y estos estirones resultó que, al concluir la veda, D. Prudencio tenía una familia de treinta y cinco individuos entre *varones* y hembras.

Buen padre, esposo amante y bondadoso abuelo, gozábale viendo la inocente alegría de su dilatada prole manifestarse con todo el candor poético de la infancia por la perfumada *ladera* de su vivar. Puesto de *bolo* sobre las *bocas*, contemplaba sus retozones juegos, y era tan feliz, que hasta el hombre, su constante per-

seguidor, le parecía hermoso, porque el hombre durante los venturosos meses de la veda no le molestaba.

Un día D. Prudencio se hallaba *encamado* á la sombra de una espesa maraña. Sintió pasos, y con marcadas muestras de sobresalto hizo girar sus orejas al viento. Los pasos se acercaban, y, por fin, la voz de un hombre resonó como un eco de muerte en el fondo de su corazón.

Eran dos guardas. Avanzaron por la inmediata vereda. El uno llevaba una cachiporra; el otro una carabina. Afortunadamente para D. Prudencio, á los guardas

no les seguía ningún perro denunciador incansable de la pereza conejil.

Prudencio replegó su cuerpo hasta reducirlo á la octava parte.

Al pasar junto á la maraña, uno de los guardas dijo:

—Ya lo sabes: mañana vienen los amos y se abre la veda: es preciso hacer una *rifla de colines* para que se vayan contentos de nuestra guardería.

Prudencio tembló... se erizaron todos los pelos de su cuerpo, y cuando el ruido de los pasos se extinguió á lo lejos, salió de la maraña, y, haciendo mil regates inspirados por el miedo, llegó trémulo y agitado á su madriguera.

De los treinta y cinco seres queridos que constituyen su familia, sólo siete se hallan en casa. Mandó emisarios en busca de los ausentes, reunió su amante *rebaño en el salón de las grandes recepciones*, y, tomando una postura digna y propia de las circunstancias, les habló de esta manera:

—Queridas esposas, amados hijos, idolatrados nietos: escuchadme todos con atención, pues la experiencia es la que va á dirigirlos la palabra.

D. Prudencio hizo una pausa: escombró, miró en derredor suyo con gravedad paternal, y, viendo que toda la familia se hallaba de *bolo* escuchándole con el mayor silencio, prosiguió de esta manera:

—Hijos míos: aunque siempre he vivido practicando el femenino de mi nombre, tengo, como sabéis, una *pata acodada*, la rozadura de un plomo en el ojo izquierdo, tres perdigones incrustados en las nalgas, catorce agujeros en las orejas, y me han afeitado cuatro veces con perdigones todo el pelo del lomo. Soy, pues, un conejo que se ha librado diez y nueve veces de los brutales *saludos* de los hombres, y dos del traidor lazo de los matuteros. Yo he sido causa de que algún cazador salvaje castigara de un modo cruel á su perro, porque, al ver en la tierra el surco del tiro sembrado de pelos, se empeñaba en que me *cobrará*, cuando yo, repuesto del susto, me reía de él oculto en el rincón más profundo de mi madriguera.

Aquí hizo una pausa, y observando que dos gazapos habían perdido la gravedad propia de las circunstancias, les dijo:

—¡Joaquinito! ¡Manolito! Tengan ustedes formalidad, que está hablando el abuelo.

Los gazapos se quedaron inmóviles; y su madre, meneando las orejas con marcado enojo, repuso:

—¡Si voy ahí!...

—Ahora bien, hijos míos,—añadió D. Prudencio;—mañana se abre la veda y comienza nuestro calvario.

Los peligros, las asechanzas, la muerte, en fin, nos cercarán por todas partes. Nada importa que la naturaleza nos conceda el sutil oído del lince, ni una extrema rapidez para hacer regates con las piernas. Somos cortos de vista y largos de pereza: esas son nuestras grandes desventajas. El hombre, astuto y cruel, ha inventado el rayo, deteniéndole siempre obediente dentro del cañón de su escopeta: es un esclavo suyo que siembra la muerte. Vivid alerta, dormid con un ojo abierto y el oído avizor. No os alejéis nunca cien pasos de las *bocas*: desconfiad de todo. Cuando oigáis voces, gritos intempestivos y estruendo de caracoles y trompetas, no huyáis nunca á favor del aire, porque por allí está el peligro: ocultaos en el primer *vivar* ó *boquijo* que encontréis al paso, y esperad la noche. Si algún perro os sorprende encamados, salid por la parte más espesa, haciendo regates y evoluciones rápidas. El tiro de *tenazón* es muy difícil: lo entienden pocos cazadores, y algunas veces sólo da por resultado dejar cojo á un compañero. Seguid, pues, mis consejos: sed prudentes, precavidos y astutos. Dichoso yo si algún día oigo decir á los hombres, nuestros incansables perseguidores, que los conejos de este monte *lleven coraza y saben latín*.

Terminado el discurso, D. Prudencio echóles su paternal bendición y se retiró á su aposento, triste y preocupado.

Nació el nuevo día; y, obedeciendo á esa ley imperiosa de la costumbre, los hijos y los nietos de D. Prudencio comenzaron á salir de la madriguera á tomar el sol, y, saltito por aquí, escarbadura por allá, retozo por la derecha y carrera por la izquierda, fueron poco á poco alejándose de su casa sin acordarse de los prudentes consejos de su progenitor.

Mientras tanto D. Prudencio, sus tres esposas y cuatro gazapos enfermos, recorrían los pasillos de la madriguera, inquietos por los ausentes.

De vez en cuando se asomaban á las *bocas* y volvían á entrar precipitadamente.

El silencio religioso del monte se había convertido, con la presencia del hombre, en una espantosa bacanal de tiros, gritos, blasfemias y trompetazos.

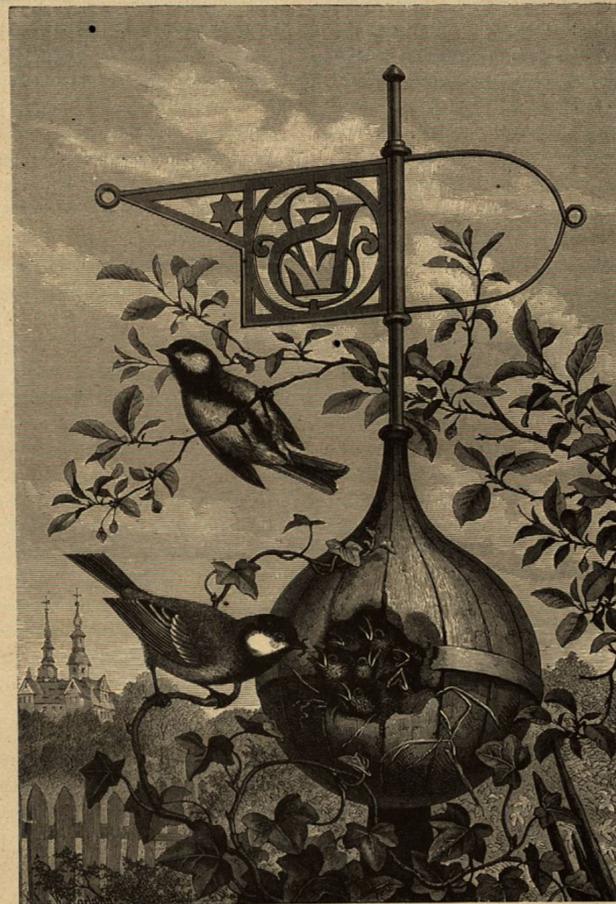
—¿Lo oís? ¿lo oís?—exclamaba D. Prudencio arrancándose los pelos del bigote.—¡Cazan á ojeo! ¡Cuánta víctima harán! Pero, ¡Dios mío! ¡qué bruto es el hombre! ¡qué malo! ¡qué salvaje! ¡Y la echa de civilizado! ¡Hipócrita! ¡Cuándo querrá un genio protector de la inocencia que los conejos inventen un fusil de aguja para defenderse de sus enemigos!

—Cálmate, Prudencio,—le dijo una de sus esposas;—tal vez no ojeen por esta parte.

—¡Inocente! ¡Olvidas que estas laderas son lo mejor del monte? ¿Crees tú que esos sanguinarios cazadores vienen desde Madrid á roer el hueso y dejarse la carne? ¡Infeliz! ¡Crédula! ¡Coneja al fin! Antes de una

hora los tendremos aquí, y ¡pobres de nuestros hijos si no se refugian á tiempo en la madriguera! ¡Infelices de...

D. Prudencio no pudo concluir: un gazapo entró en



Capricho venatorio

el vivar levantando remolinos de tierra y tropezando contra las paredes de los *pasillos*, cayendo, por fin, exánime á los pies de D. Prudencio.

Todos lanzaron un grito de espanto. Mientras tanto el gazapo, trémulo, aterrado, muerto de miedo, dirigió una mirada opaca á sus mayores.

Tomo III.—Caza mayor y menor

—¡Joaquinito!—exclamó D. Prudencio, reconociendo al gazapo.

—¡Joaquinito!—repitieron á coro sus tres esposas.

¡Era Joaquinito! ¡el chiquitín de la casa! ¡el encanto de la familia! ¡la alegría del hogar doméstico!

Todos se arrojaron sobre aquel ser querido para re-